

## **“Laudatio” del Dr. J. R. Flecha Andrés en su “ultima lectio” (1-VI-2012)**

**Antonio Trobajo Díaz**

Centro S. de Estudios Teológicos  
León

Como obrero de la hora undécima (y no les cuento cómo ha sido la historia) asumo con satisfacción personal y con una pizca de estremecimiento el encargo de pronunciar esta *laudatio* de quien es para servidor no sé si más copresbítero que colega de enseñanza, más admirado que querido, más compañero que amigo, D. José Román Flecha Andrés<sup>1</sup>, en esta hora crucial de su vida, cuando el reconocimiento de los emeritajes no deja de ser una diplomática y elegante manera de meter a uno por vía muerta, dicho sea en jerga ferroviaria, tan querida de D. José Román.

Las herramientas para fabricar esta *laudatio* se las facilita a uno el hecho de haber compartido trabajos durante varios lustros en el seno de nuestra Iglesia particular, suya y mía, de León. Y he dicho los trabajos, que no fatigas, porque cuando uno es joven puede con todo, menos con el pecado, que es a menudo y de mil formas el que puede con nosotros, como de hecho habrá ocurrido cuando, individual o compartidamente, incurrimos en lo que los expertos en ascética y en cuquería clerical llaman *peccata iuventutis*. Estas circunstancias justifican, creo que suficientemente, la singularidad de esta *laudatio* por lo que se refiere tanto a la elección del *laudator*,

<sup>1</sup> Datos bio-bibliográficos se pueden consultar en Vicesecretaría para la Información de la Conferencia Episcopal Española, *Mil nombres en la Iglesia de España*, Madrid 1987, p. 227; y Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española, *Mil nombres de la Iglesia en España*, Madrid 2002, pp. 206-207. Y de forma más completa, especialmente por lo que hace a la bibliografía, en F. J. Andrades-M. A. Pena-A. Galindo, *Razones para vivir y razones para esperar. Homenaje al prof. Dr. D. José-Román Flecha Andrés*, Salamanca 2012, pp. 15-51.

como al determinado uso de algunos recursos formales que en su desarrollo se van a emplear.

Convengamos en que el secreto de toda existencia humana aparece desvelado en unas solemnes palabras de la carta a los Efesios: toda nuestra vida es un proceso que tiene como meta “crecer hasta la estatura de la plenitud de Cristo” (4, 13)<sup>2</sup>. Vivir, pues, es ascender por “las edades del hombre” hacia la plenitud de un ser nuevo que se consumará en la escatología, de la que todos estamos más cerca cada minuto que pasa. Esta escalada por los peldaños de la vida se debe notar, más que en las obras, en el propio ser de cada persona, por eso del *operari sequitur esse*, que el gran humanista y científico Conde de Buffón, a mediados del siglo XVIII, convirtió en el apotegma de que “el estilo es el hombre”.

Con estos criterios entremos, pues, en el cuerpo de la *laudatio*, que constará de dos partes. La primera se compondrá del recorrido por la ergografía del conjunto de los sudores de Don José Román. La segunda, tras un proceso inductivo que irá del *operari* al *esse*, será un apunte de etopeya de la persona a quien hoy despedimos.

## I

Este discurrir por las obras y milagros del hoy *laudatus* obligadamente ha de ser selectivo y, además, no puede quedar circunscrito a los méritos nacidos de la dedicación a esta casa y, por extensión, a los Centros teológicos de León. Puede y creo debe ser, más bien, un esbozo de curriculum, estructurado por los capítulos en los que se ensartan las diferentes actividades.

El punto de partida es la *condición de bautizado* en la fe cristiana de D. José Román, obrada en la vieja iglesia de San Juan de Renueva de León, cuya pila bautismal, hoy trasladada al nuevo templo de San Juan y San Pedro de Renueva, recibe, de cuando en cuando, la visita y el beso de agradecimiento de un fugaz peregrino. La vida de hombre nuevo fragua en una fe inquebrantable y lúcida, acunada en el seno de una familia cabal, consolidada en las

<sup>2</sup> En griego, “εἰς μέτρον ἡλικίας τοῦ πληρώματος τοῦ Χριστοῦ”, en la que el sustantivo ἡλικία significa “estatura” con connotaciones referidas a “talla rebosante, medida vital, edad vigorosa”... del “pleroma” de Cristo. Cf. H. Baltz-G. Schneider, *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento*, I, Salamanca 1996, 1779-1780.

experiencias compartidas de los Seminarios leoneses, verificada *apud Sanctum Petrum*, en la Ciudad Eterna, alimentada más tarde de forma especial en la parroquia de San Francisco de la Vega de León, al amparo del manto de aquel párroco sorprendente que fue D. Francisco Álvarez Rodrigo y enriquecida al correr de los días con el pulso de los mil registros de los acordes, y también de las cacofonías, de muchas Iglesias particulares de la geografía universal.

Si todos necesitamos para dar sentido a la existencia de referentes concretos y contantes, Don José Román reconoce, por activa y por pasiva, acá y allá, a tiempo y a destiempo, que para él una referencia de relieve es su *pertenencia a la diócesis de León*. Allí se expide su DNI y allí se encuentra su ADN. A ella se debe, puesto que de ella y en ella recibió su fe religiosa, su maduración humana, su vocación ministerial, culminada con su ordenación presbiteral el día 9 de julio de 1964, y su pertenencia cordial siempre confesada al presbiterio propio. Allí se fue forjando su misión inicial multiforme, entregada a la formación de seminaristas y co-presbíteros, a la educación de laicos y religiosos, a las tareas parroquiales, a las colaboraciones en los medios de comunicación. Allí recalca a menudo, pocas veces para descansar, y allí sigue impartiendo docencia en los Centros Teológicos, dirigiendo cursillos y ejercicios espirituales, dictando conferencias y acompañando conciencias. Allí tiene su espacio, esperemos que caliente, fructífero y reconfortante, cuando él lo decida o la voluntad episcopal lo indique.

Por otra parte, las mismas coordenadas personales de su origen preanunciaban una *universalidad* sin fronteras: su padre oriundo de Garrafe, en la diócesis de León, su madre natural de Villaquejida, entonces diócesis de Oviedo, y sus primeros años de vida en Palazuelo de Órbigo, diócesis de Astorga. Un signo a añadir es que el obispo que lo ordenó como presbítero fue el Cardenal Landázuri Ricketts, Arzobispo de Lima, Legado Pontificio en el Congreso Eucarístico Nacional que tuvo lugar en León en el año 1964, y sucesor de Santo Toribio de Mogrovejo, tan preterido en estas tierras de Castilla y León como admirado al otro lado del Atlántico. Por eso es fácil intuir que el profesor Flecha Andrés estará "condenado" a tener que desparramar su testimonio y su saber por todas las diócesis españolas y a romper los límites patrios con estudios en Italia, apostolados en Estados Unidos, lecciones en Chile, seminarios en Francia, responsabilidades en el Vaticano y conferencias en una veintena de países, desde el lejano Japón al vecino Portugal.

Su *capacidad intelectual*, motora de la mayor parte de sus méritos –que ha sido poner en juego los talentos regalados– le condujo a obtener la Diplomatura en Graduado Social y en Estudios Europeos, las Licenciaturas en Filosofía, Teología y Filosofía y Letras y el Doctorado en Teología, con especialidad en Teología Moral, con estudios en Oviedo, Valencia y Roma.

Y esto siempre echando mano de la probablemente mejor cualidad que el Espíritu de Dios le ha regalado: su *soltura y precisión en el uso de la palabra*, tallado en infinitas lecturas, en las que no han faltado los clásicos de todos los tiempos, adornado por la anécdota oportuna hija de una prolongada y perspicaz experiencia personal, modulado por una sapiencia que se hace coloquial para conseguir llegar a las meninges de auditorios no siempre equipados en el grado deseable, y domesticado para estar de por vida al servicio de una fe que se incultura y de una cultura que es evangelizada. Es en este ministerio de la palabra humana, que se orienta a desentrañar para provecho común la Palabra divina, donde el profesor Flecha Andrés tiene su más fecunda faena: son miles las predicaciones y conferencias que ha pronunciado por todo el mundo, de Elche a Canarias, de Ponferrada a Oviedo, de Sevilla a Santander, de Santiago de Chile al Estado de Nueva York. Y ante unos destinatarios que son o rectores de las Universidades de América Latina y el Caribe, o devotos de alguna advocación popular, o profesores de Religión, o sacerdotes en sus sesiones de formación permanente, o consagrados dedicados a la enseñanza, o religiosas de vida contemplativa.

Esta universalidad de su presencia es un modo de localizar otra de las características constantes del profesor Flecha: su *preocupación por las ciencias humanas*, no por pura erudición, sino como mimbres necesarias para el diálogo con las ciencias sagradas y para la consecución de una ambicionada síntesis de fe y cultura. Sus conocimientos enciclopédicos, el dominio de varios idiomas, la presencia constante de su firma en revistas científicas o en medios populares, como diarios, emisoras de radio o cadenas de televisión, sus publicaciones que abarcan muchos saberes de la teología, la filosofía, la ciencia, la historia, el arte y la pastoral, la labor pionera en el campo de la bioética, las colaboraciones con ámbitos del Gobierno español, de la Universidad civil de Salamanca y de diversas instituciones científicas de Los Ángeles, Varese o Brescia, son concreciones del esfuerzo interdisciplinar que realiza. Así demuestra efectivamente que *humani nihil ab ipso alienum est* de

Terencio<sup>3</sup>, frase mil veces comentada<sup>4</sup> y sutilmente citada por la Constitución conciliar *Gaudium et Spes*<sup>5</sup>.

Pero es en el campo de la *docencia teológica* donde más lanzas ha roto Don José Román. Sus reflexiones teológicas, especialmente centradas en los campos de la Antropología y de la Moral, han buscado –desde que recibió la cuasi-teofanía en la escucha de las lecciones de los PP. Alzseghy, Flick, Alfaro, Häring y otros– encontrar y justificar los fundamentos de los comportamientos humanos no tanto en las tradiciones culturales, en las legislaciones positivas o en el Código de Derecho Canónico, cuanto en la misma condición humana y en la Palabra viva de Dios, que envía a su Hijo para que todos “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10)<sup>6</sup>. En el Centro Superior de Estudios Teológicos de León comenzó ya en el curso 1972-1973 y allí enseñó y enseña los tratados de Antropología teológica y Escatología, a la vez que imparte diversas materias en otros centros, en particular en el Instituto de Cultura Religiosa Superior, ahora convertido en Instituto Superior de Ciencias Religiosas “San Froilán”. En 1976 comienza su andadura en esta casa, como profesor de Moral y campos afines en la Facultad de Teología y más tarde en la Escuela Universitaria de Enfermería *Salus Infirmorum*, en la Escuela Superior de Ciencias de la Familia y en la Facultad de Periodismo. En 1985 consigue la Cátedra de Teología Moral en la Facultad de Teología de esta Universidad. Y antes y después va a dictar cursos en diversos centros académicos de Burgos, París, Toulouse, Los Ángeles, Barcelona, Santiago de Chile, Antofagasta y otros lugares. Alusión especial merecen sus laboreos, dentro de esta Universidad, en el Instituto Superior de Ciencias de la Familia, con su Centro de Orientación Familiar, en el Instituto de Estudios Europeos y en la Cátedra Cardenal Ernesto Ruffini.

Otro rasgo de su identidad es el *derroche de energía* que se ve obligado a realizar, al no ser capaz de rechazar invitación alguna en que se le pida presencia, escrito o palabra. En este apartado se ha

<sup>3</sup> Cf. P. Terencio, *Heautontimorumenos*, 77. La traducción de P. Simón Abril para la cuidada edición de Editorial Aguilar (Madrid 1945) es la siguiente: “Hombre soy y no tengo por ajenas las cosas de los hombres”.

<sup>4</sup> Cf. M. T. Cicerón, *De officiis*, III 19, 63; *De legibus*, 1, 12, 33; L. A. Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 95, 53; S. Agustín, *Epistulae*, 51.

<sup>5</sup> “Nihilque humanum invenitur, quod in corde eorum (discipulorum Christi) non resonet” (GS 1).

<sup>6</sup> Cf. J. R. Flecha, *Teología moral fundamental*, Madrid 1994, pp. XV. 12-13. 25-26. 76-114.

de situar el ser colaborador de la Conferencia Episcopal Española y miembro de diversos comités científicos, así como el formar parte de diferentes equipos de investigación, españoles y extranjeros, en los que se reflexiona sobre la conciencia, el Derecho a la Vida, la Familia, la paternidad responsable, la Bioética o la Ecoética. Capítulo sobresaliente es el que compone su bibliografía, de la cual, de forma completa, levanta acta el volumen-homenaje que hoy se presenta; baste aquí sencillamente citar los casi 70 libros (algunos verdaderos best-seller de la producción religiosa, como son los tres tomos de *Buscadores de Dios*), los casi treinta libros dirigidos, codirigidos o editados, las más de 250 colaboraciones en obras colectivas y los más de 170 artículos en publicaciones periódicas especializadas; no se olviden además numerosas ponencias en Congresos, algunas voces en diccionarios de su especialidad, la traducción de los tres volúmenes de *Siguiendo a Jesús* del italiano Dante Alimenti e incontables reseñas de libros.

No pueden quedar fuera de esta *laudatio* las *tareas de dirección* que ha llevado a cabo en esta casa (Vicerrectorado y Decanato incluidas), en la organización de congresos y simposios, en la elaboración de tesis y tesis doctorales, en el diseño de proyectos de investigación, en el desarrollo de diversos cursos en Universidades de Verano y en otros foros similares. Que no falte la alusión a las *distinciones honoríficas* que se le han concedido en Elche, Salamanca e Italia, donde es Comendador de la Orden de la Estrella de la Solidaridad, concedida por el Presidente de la República Italiana, así como el doctorado *honoris causa* por la Universidad Católica de Concepción, en Chile.

## II

Si verdad es que *operari sequitur esse*, vayamos ahora, de forma inductiva, a extraer de los quehaceres del profesor Flecha Andrés las fuentes en que éstos se originan. Un esbozo de su carácter, de sus cualidades y de sus virtudes, es decir, de su etopeya, hecha aquí presente, no puede menos de ser elogioso, a la espera de que algún día lleguen a ser materiales para una eventual *positio*. Y esto, por el momento en que estamos, efectivamente, pero también porque a D. José Román se le entiende mejor –se desentraña su persona y los mensajes que de ella dimanar– a partir de los perfiles de su identidad personal. La vida humana es una tabla rasa en la que se van escribiendo, *golpe a golpe, verso a verso*, todas las adquisi-

ciones vitales que nos regala el paso de los días. Así se va consolidando una síntesis de experiencias, intuiciones e ilusiones que acaban por configurar una personalidad concreta que se lleva de por vida bajo la piel y en el brillo de los ojos. Así ocurre que en la linealidad de las edades de Don José Román han ido decantándose herencias y adquisiciones, valores y virtudes, convicciones y estilos, que nos dan hoy, en su estreno de la edad dorada, este retrato psicológico. Rastreemos cómo en él se cumple lo que Gregorio Marañón llamaba *el deber de las edades*, es decir, cómo cada fase de la vida, hija de la fisiología y de la psicología, y hasta de la sociología, es inducida a cumplir el compromiso de irse enriqueciendo y decantando a medida que se adapta a las cambiantes circunstancias externas<sup>7</sup>.

Conserva el profesor Flecha Andrés de su *infancia* la ingenuidad que, no sin una dosis de picardía, le hace receptivo, con un ¡oh! de asombro, de todas las novedades que le siguen regalando los signos de los tiempos; añádase la limpieza de miras, sin recovecos extraños, con que se adorna todo niño que no descubre en el entorno la presencia de leones rugientes que buscan a quien devorar –y haberlos, haylos–; sumemos la generosidad propia del infante que se quita de su boca las chucherías para con una sonrisa beatífica y encantadora invitar a quien se le sugiere en la inmediatez y hasta en la lejanía. No olvidemos la capacidad de intuición que regala a la inocencia la misma naturaleza y que, con el paso del tiempo –cosa que no le ha ocurrido a él– se convierte en callosidad abotargada, pero que en D. José Román se ha mantenido en las variantes de receptividad nutrida y de retentiva en grado tan rico como inexplicable. De esta época de su vida queda también una virtud que en esos años es ternura y con el paso del tiempo se convierte en casi adoración: es la virtud de la piedad filial, que acopió en los años de estancia al pie de la Escuela Nacional de Palazuelo de Orbigo, a la sombra del amor y de la muerte de su padre Emiliano y de su hermana Adelina, y ejerció el resto de su vida con el acompañamiento, que después fue cuidado diligente (que del verbo *diligo*, que significa “amar”, se deriva) de su madre Teotista.

Don José Román también pasó por la *adolescencia*, frotada doloridamente (porque el término proviene del verbo latino *adolescere*, que se podría traducir por “sobrellevar algo con dolor y reite-

<sup>7</sup> Cf. G. Marañón, *Amor, conveniencia y eugenesia. El deber de las edades. Juventud, modernidad, eternidad*, Madrid 1926, 226 pp.

ración”) contra las paredes del Seminario Menor de San Isidoro de León y por las calles de una capital leonesa de postguerra con olor a taberna, sonidos de organillo y miradas inquisitivas de los agentes de abastos; de esa etapa mantiene D. José Román una cierta proclividad a asumir la vida como un *pondus* agónico que él transforma, con la energía propia de una pubertad inacabada, en una vitalidad increíble, con la que no pueden ni el desgaste que suponen los viajes en transportes públicos (jamás ha tenido carnet de conducir) ni los desprendimientos de retina ni los envites pseudo-sesudos en algunas páginas de Internet; de esta edad retiene también una curiosidad no exenta de pillería, un pudor para las propias intimidades que se camufla debajo de las alusiones a viajes, observaciones y contactos con que salpica sus intervenciones orales, y una aptitud jamás embrizada para mantenerse en estado de ensoñación perpetua, donde caben todas las grandes utopías de la humanidad.

Le llegó la *juventud* y fue tiempo, entre desarraigos obligados, de echar semillas de futuro en la ampliación de estudios y en las primeras batallas pastorales. En esa fase existencial llena su aljaba de ambiciones por el Reino sin limitaciones que nazcan de la geografía o del egoísmo; de aparejos para el cultivo de sí mismo que irán ensamblándose hasta nuestros días cada vez de manera más compleja, equilibrada y universal; de vigores para echarse a los caminos que espera le conduzcan en su día al encuentro con el Amado y Señor, a quien tanto ha cantado en sus ocultas aficiones a componer poemas. En aquellos tiempos, fascinantes décadas prodigiosas, aprendió las claves de la combinación de la maquinaria humana para poder derrochar fuerzas y abrir mil frentes sin que el agotamiento físico y mental y espiritual dictara en él una obligada ley que en su caso parece no existir.

La *edad madura*, cuyos límites finales aparecen convencionalmente, y no sé si cruelmente, marcados por los Estatutos de esta Institución que nos acoge, encuentra al profesor Flecha con los deberes hechos, a la falta de la firma que los rubrique. Será tiempo de equilibrio sereno y de equipamiento sólido; de compromisos estables y de trabajos sacrificados; de donaciones plenamente conscientes y de capacidades amplias para la interiorización que deviene en creatividad; de sensibilidad aguda para con los pobres de esta tierra, con excepcional cercanía a los niños y a los ancianos; de amor inexpugnable a una Iglesia peregrina y rugosa; y de fijar para siempre una opción fundamental por el Dios de la Vida y



por una escala de valores calcada en las Bienaventuranzas<sup>8</sup>, con la seguridad de que siempre habrá razones para vivir y razones para esperar<sup>9</sup>.

Y así tenemos hoy y aquí a D. José Román, con el sentimiento en el corazón de la orfandad física y el despojo en los labios de sus tareas magisteriales –aunque más que migajas nos van a quedar todavía, ojalá por muchos años, en los Centros de Estudios de León–, que se va adentrando en la etapa de *vida ascendente* llevado de la mano por la virtud de la Esperanza, su tan querida “niña” Esperanza, a la que dedicó su tesis doctoral<sup>10</sup>, abierto a una definitiva alteridad (con mayúscula y con minúscula) exigente y reconfortante<sup>11</sup>, vacunado ya contra el pecado de no acertar a relativizar las trastadas de la vida y respirando la atmósfera de serenidad y de paz que para él ha sido resultado final tanto de una brega larga como de la recepción del regalo de vida, fe y vocación sacerdotal, que en una economía de gracia siempre será inmerecido.

Con la confianza que recibe alas de la amistad contrastada, el profesor Flecha Andrés me va a consentir cerrar esta *laudatio* con un consejo, enunciado por François Fenelon: Querido José Román, “huye de los elogios, pero sigue tratando de merecerlos”. Que el acto académico de hoy y su pompa se inscriba en la constatación senequiana: “*Laus alit artes*”, “Las alabanzas alimentan los esfuerzos” escribió el filósofo de Córdoba<sup>12</sup>. Que así sea también en tu caso y por muchos años.

Es tiempo de terminar. Permíteme, José Román, amigo, que lo haga con unos versos de tu querido, que lo es también para muchos, el poeta Claudio Rodríguez, cantor de los páramos del viejo reino de León, quien escribió en su poema “Alto jornal”<sup>13</sup>:

<sup>8</sup> Cf. J. R. Flecha, *Bienaventuranzas, camino de felicidad*, Madrid 2011.

<sup>9</sup> Cf. GS 31 c.

<sup>10</sup> El calificativo de “niña” es de Ch. Peguy. Cf. *Palabras cristianas*, Salamanca 1964, pp. 26-28. Cf. J. R. Flecha, *Esperanza y Moral en el Nuevo Testamento*, León 1975; IB., *Así están las cosas*, Salamanca 2009, pp. 151-153.

<sup>11</sup> Tal vez en estas dos frases se podría concentrar toda su personalidad, en cuanto que dan pleno sentido a esta virtud de la relacionalidad: “Sólo se vive conviviendo con los otros. Sólo se vive desviviéndose por los otros” (en “Presentación” de E. Ruffini, *Pensamientos*, Salamanca 2004, p. 15).

<sup>12</sup> L. A. Séneca, *Epistulae...*, 102, 16.

<sup>13</sup> C. Rodríguez, *Alto jornal*, Valencina de la Concepción (Sevilla) 2005. Selección y prólogo de Vicente Gallego.

“Dichoso el que un buen día sale humilde...  
Y siente subirle entre los pasos  
el amor de la tierra, y sigue y abre  
su taller verdadero, y en sus manos  
brilla limpio su oficio, y nos lo entrega  
de corazón porque ama, y va al trabajo  
temblando como un niño que comulga  
mas sin caber en el pellejo, y cuando  
se ha dado cuenta al fin de lo sencillo  
que ha sido todo, ya el jornal ganado,  
vuelve a su casa alegre y siente que alguien  
empuña su aldabón, y no es en vano”.

Este acto de hoy espero que sea sólo una parada sin fonda en el trayecto de tu vida, que pido al Dios que apuña el picaporte y a quien abrirás la puerta para que cene contigo<sup>14</sup>, sea larga, fecunda y feliz.

<sup>14</sup> Cf. Ap 3, 20.